

Homilía de la Eucaristía-Funeral por el P. Alberico, 24 de agosto 2020

“Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca...” queridos hermanos, estas palabras del libro de Job nos recuerda que el tiempo pasa y con él nuestra existencia. Pero el cristiano sabe y cree que el cobre, el hierro y el plomo es la fe en quien resucitó de entre los muertos. El cristiano no muere sólo, sino muere con Cristo para resucitar con Cristo. Nuestro hermano P. Alberico hizo suyas las palabras de San Pablo: *“Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor”*.

A lo largo de 76 años de profesión monástica y 69 de sacerdote, nuestro hermano vivió para el Señor siendo fiel a su profesión monástica y a su comunidad de San Isidro, y dedicando mucho tiempo en su vida en la causa de beatificación y canonización de nuestro hermano San Rafael. Como nos decía nuestro hermano San Rafael, que puede bien resumir la vida de nuestro hermano: *“La vida de un trapense vale bien poco... Mejor dicho, nada. Para mí, desde luego, mientras la tenga, la emplearé en servicio de Dios, y cuando Él me la quite de una manera o de otra, bien está, pues es suya, y como cosa suya puede disponer de ella... No comprendo un monje con miedo a la muerte.”*

La muerte es ciertamente la crisis radical del hombre, nos quita todo lo que somos y todo lo que tenemos. Un hecho a la que el hombre no puede responder; quitándole el ser, la muerte nos quita también la palabra; es muda y nos hace mudos. Como bien hemos leído en el libro de Job: *“Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzaré sobre el polvo”*. Solo Dios puede responder a esta interpelación. Dios habla por nosotros, y en esto consiste la fe. Como nos dice nuestro hermano San Rafael: *“... no comprendo un monje con miedo a la muerte...”*

Nuestro hermano P. Alberico no tuvo miedo a la muerte, así lo mostró en estos últimos meses que de repente se vio limitado en sus facultades vitales y poco a poco se fue apagando, hasta apagar su voz y comenzó a escuchar la voz del amado que le llamó para estar a su lado para siempre: *“Padre, este es mi deseo; que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplan mi gloria, la que me diste...”*

El cristiano, como Cristo, no muere para quedar muerto, sino para resucitar, es un paso, una vuelta de todo lo que es y todo lo que tiene para devolvérselo a su Creador. La Eucaristía es ya la participación de ese banquete que Dios Padre hace con su Hijo y al que todos estamos invitados. Nuestra participación en esta Eucaristía nos invita a orar por nuestro hermano P. Alberico, y nos invita a experimentar la comunión de los santos, la comunión de quienes creemos en Cristo formando un solo Cuerpo.